

margen N° 73 - junio 2014

Jóvenes urbanos de sectores populares y movimientos sociales. Repensando la participación juvenil bajo una vía diferente

Por Analía Elizabeth Otero

Dra. Analía Elizabeth Otero. Investigadora adjunta CONICET. Investigadora Programa de Investigaciones en Juventud, FLACSO, Sede Académica Argentina.

Introducción

Las actuales manifestaciones de descontento social protagonizadas por sectores poblacionales jóvenes han generado una oleada de apertura y renovación sobre la relación entre las jóvenes generaciones y la política, a la cual subyacen interrogantes de peso vinculados al alcance del protagonismo juvenil como actor político y estilos de intervención en el espacio público. Por ende refieren también a la producción, reproducción y transmisión de prácticas socio-políticas y sus influencias en la democratización del ámbito político-público. Ambas cuestiones, un poco en desuso en la década anterior, adquieren cada vez más convocatoria dentro del campo de las ciencias sociales a nivel nacional e internacional, despertando el interés por comprender que nos dicen las actuales formas de expresión juvenil sobre nuestras complejas realidades.

Sobrevuela una suerte de clamores esperanzados respecto a las bonanzas de una participación que abone a la profundización de procesos democráticos regionales y cierta visión de una generación que amplíe su protagonismo en las agendas públicas nacionales, estableciendo problemáticas prioritarias para la juventud, así como de ídoles de diversa trascendencia. Y, si bien los eventos se registran en el marco de un cambio de época que trasciende geografías, obviamente las peculiaridades regionales y locales otorgan sellos distintivos. Históricamente, los virajes en la misma mirada hacia el joven y el lugar que ocupa en el escenario de América Latina han sido notorios. Al decir de Reguillo, su visibilización encarna en diferentes estereotipos:

“En América Latina cuando los jóvenes se hicieron visibles en el espacio público, y sus conductas, manifestaciones y expresiones entraron en conflicto con el orden establecido desbordando el modelo de juventud que la modernidad occidental, en su versión latinoamericana, les tenía reservado; fueron nombrados a fines de los '50 y durante los '60 como rebeldes, y como estudiantes revoltosos al finalizar esa misma década, pasando en los '70 a ser los subversivos, y en los '80 -cuando desaparecen de la escena política- serán adscriptos a la imagen del delincuente y luego del violento. Estos son los jóvenes visibilizados en la segunda mitad de siglo XX en América Latina” (Reguillo, 2000).

Este esquema es una clave de lectura que bien se ajusta a los sucesos argentinos. Es más, la asociación juventud-violencia y/o desintegración social es una pauta vigente y extensiva, que en nuestros días muestra incipientes señales de ampliación tras retornar a la escena el tópico de la participación juvenil. La convivencia entre ambos no deja de ser mención de diferencias sustantivas, es entre los jóvenes de sectores populares en quienes recae con contundencia la estigmatización primera. Por su parte, el auge renovado y la puesta en primer plano de la militancia

política quedan más asociados a la vertiente de activismos de sectores medios - altos de la población.

En lo que va de la exposición, repasamos datos del contexto argentino; nociones teórico-epistemológicas de la temática, y sintetizamos los hallazgos de investigación desarrollada desde principios del 2000 -I- hasta mediados de década con jóvenes de sectores populares adscriptos a organización de trabajadores de desocupados del territorio del Conurbano Bonaerense (en adelante MTD, movimiento de trabajadores desocupados). Para luego, a modo de cierre, reflexionar sobre las peculiaridades de esta experiencia de participación e interrogantes que sugiere.

Argentina entre siglos

Como es conocido en nuestro país, junto con la profundización de las medidas neoliberales que provocaron un desguace del aparato estatal, crisis económica e institucional, profundización del deterioro laboral y feroz incremento del desempleo, comenzaron a emerger una diversidad de incipientes grupos vehiculadores del conflicto social, entre los cuales los desocupados tanto del interior como del conurbano bonaerense adquieren relevancia como una forma de organización popular en clara expansión desde fines de los noventa. Y buena parte de éstos conformarán posteriormente el espacio reconocido como el “movimiento piquetero” (Svampa y Pereyra, 2003; Zibechi, 2003, 2012).

La identificación primaria –tanto nacional como internacional- del “fenómeno piquetero” quedó asociada principalmente a la imagen de los cortes de ruta como modos recurrentes de manifestación de protesta social y descontento popular. No obstante, con matices acentuados, las organizaciones en su interior fueron instalando prácticas que lejos de acotarse a la lucha en la esfera pública, adoptaron métodos de intervención territorial, formas asamblearias de participación, cooperativas de trabajo y/o grupos productivos-autogestivos que dieron sustento a su accionar cotidiano. Sin embargo, estos entramados internos y experiencias en gestación fueron escasamente reconocidos mientras la beligerancia y la lucha en la calles ganaban escena.

Durante aquella etapa coincidente con el cambio de siglo XX al XXI, la criminalización de la protesta y la distribución de los planes sociales se fueron instalando como las estrategias centrales implementadas desde el Estado en respuesta a la crítica situación económica y social. Por una parte, la política de criminalización de la protesta se vio reflejada en la puesta en marcha de fuertes medidas represivas que acabaron con una larga lista de persecuciones y agresiones contra los militantes. Por otra parte, entre otras tantas movidas, las jornadas del 19 y 20 evocarán sucesos de intensa gravedad que ocasionaron gran cantidad de víctimas dando lugar al derrocamiento presidencial reflejando así un punto de inflexión ante la crisis política institucional. Luego, durante una manifestación en junio de 2002, el asesinato de dos jóvenes -Maximiliano Kosteki y Darío Santillán militantes de MTDs- sería otro episodio que mostraba claramente el clima conflictivo y amenazante. Las imágenes mediáticas de estos últimos asesinatos alcanzaron alta difusión y repercusión y potenciaron la dimensión confrontativa del piquete como espacio de tensión y sellaron fuertemente a las organizaciones de desocupados, en particular la identidad del movimiento de trabajadores de desocupados de Lanús en el que Darío militaba.

Una segunda estrategia estatal apuntaría a poner en marcha un engranaje de políticas sociales de contención que operaran en pos de desarticular y apaciguar las amenazas disruptivas de las distintas formas y acciones bajo las cuales se explicitaba el carácter conflictivo de las agrupaciones en confrontación directa al gobierno nacional. Los planes sociales se irían consolidado como una “moneda corriente” en la dinámica de intercambios entre Estado-movimientos, por ende en las

relaciones de tensión que acompañaban la presión que ejercían los cortes. Bajo distintas versiones, la política pública y social va a ser un mecanismo central de distribución y de negociación entre los sectores más afectados, entre los cuales las organizaciones piqueteras conformarán una parte relativamente pequeña de las poblaciones beneficiarias de subsidios -2- obtenidos básicamente tras pujas y presiones.

El panorama antes descrito comenzará a mutar ya desde el 2003, a través del claro viraje hacia la implementación de una nueva estrategia -bajo la también reciente asunción de una nueva fórmula presidencial-, basada en una política de integración y cooptación de las organizaciones en lucha. Esta estrategia expresamente privilegiará la promoción del diálogo entre las organizaciones y el Estado, desestimando la represión de las protestas populares y, entre otros, declarando como un eje prioritario de la política social los subsidios destinados a fortalecer el desarrollo de micro emprendimientos -3-. También irán mermando, junto a la reconfiguración del espectro político y el clima de creciente descontento que marcó la zaga de la protesta social. Y la progresiva recuperación pos-crisis perfilará una nueva etapa que conjuga una suerte de recuperó-crecimiento, estabilización institucional y reubicación del Estado en el centro de la escena bajo gobiernos progresistas, que aún continúa.

Éste será el marco de vertiginosas transformaciones que instalarán una nueva realidad para todos los actores políticos y obviamente para las organizaciones de desocupados, quienes perderían la efervescencia del período inicial conforme avanzaba la mejoría y se hacía aún más difusa la posibilidad de articulaciones sui generis entre los sectores anteriormente más afectados por la crisis.

En el nuevo escenario político referido se conjugan diferentes tendencias que marcan el panorama nacional y reorientan el rumbo. Una primera tiene que ver con la estrategia que encara el gobierno nacional hasta nuestros días, orientada a interpelar a la comunidad política en función de reanimar la matriz popular nacionalista ligada al imaginario peronista (Svampa, 2009). Esta situación fomentará claros antagonismos en la escena mediática y conflictos políticos de diverso cuño. En esta trama se exaltará en primer plano el *protagonismo de la política juvenil* encarnado en la Juventud K -*La Cámpora*-, agrupación fundada en 2003, identificada con la orientación política peronista y kirchnerista -4-.

Otra segunda tendencia refiere al reavivo del clima sindical, opacado durante la gesta de ascendentes movilizaciones populares encabezadas entre otros por grupos desocupados. En este sentido cabe notar que la reactivación económica-industrial parece tener impacto en la reaparición de los conflictos sindicales en la escena política. Paralelamente, en la esquema sindical actual destaca la emergencia de nuevos liderazgos juveniles en buena parte acompañando el modelo presidencialista (Facundo Moyano, actualmente diputado nacional del Frente para la Victoria, va a ser un claro exponente ejerciendo la dirección de la Juventud Sindical de la CGT Confederación General del Trabajo).

Como última tendencia destaca no sólo el declive del protagonismo de las manifestaciones de protesta social, sino también la fragmentación del espectro de las organizaciones del campo popular que reflejan la acción conjunta de la progresiva reestructuración de intervenciones en materia de política social y la estrategia de diálogo que irían marcando el rumbo de la relación Estado y organizaciones sociales. Las acciones estatales fueron recibidas de diferente modo por las organizaciones de desocupados, lo que acabó originando fracciones entre cercanas o confrontadas al oficialismo. Ésta y otras medidas fueron mellando la consolidación de articulaciones para la conformación de un bloque opositor que parecía estar perfilándose anteriormente, en palabras de Pérez y Natalucci, “(...) irrumpieron la construcción de un espacio de oposición al modelo

gobernante que hasta 2003 que implicaban entre otros los movimientos piqueteros” (Pérez y Natalucci, 2010:100).

La participación juvenil en alza

Si el peso simbólico de las movilizaciones piqueteras marcó los primeros años de la década anterior, la mediatización de las adhesiones juveniles a la política partidaria convocaría la atención en los primeros de la década actual. Y esta última oleada fue asimilada como un nuevo despertar de la participación política de los jóvenes en la escena pública y en el terreno de las disputas de poder. La renovación del espectro de las prácticas políticas juveniles alcanzó notoriedad referida al involucramiento en el espacio partidario y más específicamente en el partido gobernante actual (Frente para la Victoria). La crónica mediática tiene un claro punto de inflexión hacia fines de octubre del 2010: el mundo juvenil era por entonces acreedor del protagonismo de los días de vigilia del deceso del ex presidente Néstor Kirchner y esta situación vino de la mano de opiniones que comenzaron a argumentar la re-vitalización de la *militancia juvenil*, más que muerta, opacada anteriormente en tanto circunscripta a la acción político partidaria.

En efecto, en la década anterior, el reconocimiento de la participación juvenil permaneció en zonas grises de escasa visibilidad social y subsumida ante la expansión de un discurso que enfatizaba en el rechazo a la vida partidaria y el descontento hacia los representantes políticos que se hilvanaban al caracterizar la respuesta apolítica de los y las jóvenes. Estas ideas retomaban argumentos que subrayaban la marca de una nueva generación fogueada en un contexto de constante deterioro de las instituciones sociales, el advenimiento de una profunda crisis del empleo, culturas y valores que se resignificaban tras tales procesos. La expansión de la resistencia no era lo previsto en la generación X *-6-*, ni sus posteriores, crecida en el descontento, la apatía política y en sociedades que destacan por la exaltación del ethos del consumo y la primacía del individualismo.

Con todo, en la movida iniciada en la Argentina de los '90, entre otras la incipiente gestación de las organizaciones de trabajadores desocupados, congregaban sustantivamente a mujeres y jóvenes como parte de sus filas. No obstante, frente a la efervescente politización del conflicto social, la imagen de los jóvenes manifestantes despertaba sospechosas e incómodas versiones sobre su intervención, reforzando con creces el imaginario jóvenes-pobres-violencia.

Ahora bien, sobre estas últimas expresiones por fuera del registro partidario tampoco se constatan estudios sistemáticos que los aborden. Y los escasos aportes analíticos tendieron a cobrar la misma suerte que otros fenómenos coyunturales, mostrando un claro desgaste luego de la etapa de auge. En cierta forma las aportaciones hicieron y hacen hincapié en colectivos y espacios políticos como formaciones de los y/o las jóvenes. En menor medida recaen en acciones asociativas inter-generacionales, reforzando una lectura de fragmentaciones entre construcciones propias al adulto o propias al joven. En un escenario de transiciones respecto a subjetividades políticas, modos de participación y de desvanecimiento mismo de las rígidas fronteras entre la noción joven/adulto, estos estilos de adscripción fueron susceptibles de múltiples asociaciones entre otras como síntoma de rechazo hacia la política y/o como un gesto cultural político en sí mismo con pautas peculiares en inéditas combinaciones.

Las vertientes teóricas sobre “*nuevos movimientos sociales*” han dado pie a proposiciones e incluso a la formulación de un nuevo paradigma de participación juvenil, subrayando las variaciones de carácter y formas. Como ideas centrales se sostiene que los jóvenes actuales luchan tras la búsqueda de cierto protagonismo en el cambio social a través de canales muy heterogéneos, con formas fluidas de intercambio y acción; sus intervenciones ya no giran exclusivamente en

torno a códigos socio-económicos e ideológico-políticos, sino que incluyen temáticas bien diversas (derechos, ambientales, etc). Además, prima la actuación en modalidades horizontales: redes informales, flexibles y transitorias, donde la anulación de las particularidades en pos de la constitución de un colectivo masificado no adquieren prioridad (Serna, 1998). En esta mirada, antes que la inscripción en base a la clase social o comunitaria, el eje prioritario de la adscripción es la experiencia personal de los actores.

MTD de Lanús: perfil e identidad

El movimiento de trabajadores desocupados en la cual se inscriben las trayectorias juveniles bajo análisis surge en 1998 en una localidad al sur de la provincia de Buenos Aires, más precisamente asienta en el partido de Lanús. Esta es histórica y estadísticamente una zona de emergencia prioritaria de intervención estatal que conforme avanzaba la crisis fue constituyéndose en un territorio cada vez más atravesado y sostenido por programas/planes sociales. Esta última dinámica confluye con el incipiente y progresivo nucleamiento de vecinos dando lugar a la conformación del *colectivo* poco a poco consolidado como canal viabilizador del conflicto social, de expresión de reclamos y demandas y vía de presión-gestión de subsidios estatales **-9-**.

Una serie de singularidades sellaban a fuego este naciente movimiento de carácter urbano, éstas se fueron consolidando como ejes nodales de su perfil otorgando identidad a la propuesta. En primer lugar, retomando sus postulados, el reclamo central de la lucha tenía como objetivo la restitución del *trabajo digno* y éste permanecía asociado al empleo típico formal guardando las condiciones y derechos establecidos en torno al mismo. En segundo lugar, las manifestación de disconformidad encontraban un modo preciso de expresión a través de una acción directa: la irrupción del tránsito público *piquete – corte de ruta*. Y en tercer lugar, promovían una clara línea de participación horizontal y construcción política montada sobre el *trabajo territorial*, es decir, impulsando la expansión de la organización en barrios cercanos de la zona. El arraigo territorial va a ser una clave del micro-espacio generado que le otorgará características temporales-espaciales propias al cotidiano. Mientras que desde sus declamaciones, la horizontalidad, la autonomía y la democracia directa serían los tres principios de base del ejercicio de participación que corrían para todos los miembros.

Asimismo, como buena parte de los movimientos de la zona sur de Buenos Aires, éste se corresponde con la matriz autonomista apostando explícitamente a la autonomía del colectivo ante cualquier instancia de subordinación estatal o institucional y postulando como objetivo máximo un cambio del sistema capitalista y los modos de relación social hegemónicos. Siguiendo esta orientación, enfatiza en la creación de grupos de trabajo productivos-comunitarios autogestionados como semillas en expansión en torno a los cuales debe girar la cotidianidad interna y la participación de sus miembros.

De aquí que en esta vertiente la reivindicación del trabajador es en sí un proceso de tensiones y mutaciones, la consigna de cambio social involucra el pasaje de *la figura del trabajador asalariado al trabajador social* en un engranaje productivo de carácter solidario y autogestivo a contrapelo del dominante. Pero por cierto, esta pauta propositiva de movilidad y construcción, constituía una clave que alcanzaba repercusiones menores en relación a las acciones de protesta directa. Inscriptos en esa trama, la creación de micro espacios productivos es entendida en un sentido doble: a corto plazo como modo de gestionar las necesidades inmediatas y en un horizonte a futuro, como superación de una forma de productividad dominante a través de la autogestión, reflejo de la capacidad autónoma puesta en acto en un modo de productividad y trabajo en

colectivo. La autogestión productiva se orienta al logro de una autosustentación acorde con el cambio social eje de la propuesta a largo plazo y los subsidios conforman un paso en lucha.

Cierto es que como veíamos en apartados anteriores, el panorama ha variado notablemente. Sin embargo la estructura de esta organización sigue en pie a una década de su creación y en palabras de su referentes “(...) a 10 años el piso en el que se encuentra el campo popular es notoriamente más alto: aunque falta, el saldo es de más y mejores organizaciones populares; perviven los elementos prefigurativos de nuevas lógicas de organización y de intervención desarrollándose por la base; se manifiesta más vocación por hacer “política”, para potenciar el poder popular y no en desmedro de éste. Las brasas del 2001 siguen aquí, encendidas, recordándonos que además de necesario, es posible luchar por un cambio social, anticapitalista, de raíz. Como en aquel entonces, está en nuestras manos “hacer nuestra política” para que ello suceda.” (SOLANA, S/P).

Trayectorias, experiencias y dinámica grupal

A partir de la concisa descripción elaborada en la sección anterior sobre el perfil de la organización de trabajadores desocupados, y entendiendo a ésta como un particular contexto socio político de nucleamiento, retomaremos ahora parte de los hallazgos de la investigación realizada sobre las trayectorias de un grupo de jóvenes urbanos de sectores populares componentes de base de la misma. Aquí nos concentraremos en tres núcleos centrales referidos tanto a las pautas de su vinculación y adscripción, el carácter de la participación socio política en función del tránsito en experiencias de protesta social y el modo de inclusión en la conformación del colectivo social y las identificación asociadas con la política y el trabajo.

En un primer nivel de desagregación, advertíamos que el proceso por el cual los jóvenes iban construyendo espacios sociales de acción en el movimiento se viabilizaba al calor de redes parentales y vecinales. A poco de sus inicios, el entonces MTD de Lanús nucleaba aproximadamente 300 familias de la zona y al menos uno de los miembros de cada uno de ellas formaba parte del mismo **-10-**.

De modo que, desde sus orígenes, el espacio en construcción fue combinando redes sociales preexistentes con creaciones inéditas surgidas al calor de los encuentros dados en su seno. Parte de ello se reflejaba en evidentes lazos de solidaridad grupal y sistemas de obligaciones recíprocas intra e interfamiliares externas, que se reproducían en los distintos ámbitos de su interior. A su vez, esa dinámica funcionaba como el eje en torno al cual giraban las prácticas participativas, siendo también un mecanismo central de difusión de las actuaciones piqueteras en el barrio y generador de la convocatoria de acercamiento hacia el resto de los vecinos residentes en la zona.

Justamente este último componente mediaba los primeros acercamientos de los jóvenes entrevistados, la reconstrucción de las historias daban cuenta de una modalidad de vinculación inicial precedida, principalmente, por las madres que habían sido las primeras en incluirse en la propuesta –apuntemos aquí el alto componente de mujeres que formaban parte del cuerpo de los movimientos y organizaciones en lucha-. Claro que la cercanía espacial constituía otro elemento clave pues habilitaba el fuerte enraizamiento en dimensión cotidiana. Espacialmente, las casas, los galpones del movimiento y el barrio todo se reconocían en conjunto como un terreno de constante movilidad desde y hacia los sitios de encuentro colectivo.

Este modo característico de establecer contacto con el grupo mediante el nexo de relaciones personales próximas, viabilizaba además una suerte de comodidad y calidez que se afianzaba progresivamente, aunque con intensidades notoriamente diferentes en cada caso. De igual modo, el

soporte afectivo era una pieza clave, tanto para el acercamiento como para la integración en las instancias participativas. No obstante, los lazos afectivos trascendían la relación de los y las jóvenes y el movimiento, si no que estaban presentes circulando entre el conjunto de los miembros más allá de condiciones etarias. Es más, constituía un eje que dinamizaba y a la vez habilitaba los intercambios y las tareas grupales.

Por otra parte, una vez inscriptos en la trama, estos jóvenes comenzaron a transitar una estadía regular de asistencia a las medidas de protesta, asambleas y tareas. Desde los relatos, la reconstrucción de sus trayectorias, señalaban que aún con distintos gradientes y matices, el incipiente desarrollo de actividades de carácter colectivo acababa obteniendo una evaluación positiva entre todos ellos.

Asimismo, la vinculación a las áreas y/o a grupos de trabajo productivos/comunitarios, precedida de la mediación de subsidios sociales, adquiría rasgos particulares. La rotación en las tareas, el recurrente pasaje por incipientes micro-emprendimientos autogestivos, la combinación de quehaceres, el tránsito por diferentes roles y ocupaciones, etc., expresaban una notoria tendencia a la flexibilidad, un estilo al parecer compatible con la dinámica de sus actividades por fuera del MTD, es más una lógica de movimiento continuo y habitual en el resto de su día que daba cuenta de una modalidad de escasa previsión en el manejo del tiempo diario.

Una dimensión relevante se establecía en función de la compatibilidad entre las prácticas promovidas desde el colectivo y el carácter que orientaba sus formas de intervención. En este sentido la horizontalidad, la flexibilidad y la multiplicidad de los espacios propuestos conformaban una serie de rasgos valuados positivamente, a su vez otorgaban originalidad al carácter de la acción participativa. Además, más allá de la predisposición e intensidad de involucramiento/compromiso de cada joven, ninguno ponía en cuestión la posibilidad de acceder a posiciones de protagonismo propias de la organización interna o aquellas que demandaban vinculaciones con el exterior, entre otras, en las mesas de debate y articulación con el resto de las organizaciones y actores sociales.

A su vez, las últimas pautas referidas respecto a su inscripción en el marco colectivo guardaban cierta similitud con los pasajes previos de carácter inestable que trazaban el grueso de las trayectorias laborales previas a su adscripción e interrumpidas luego ya que la profundización de la crisis económica había alterado aquel patrón de conexiones discontinuas con el mundo del trabajo y todos ellos permanecían desocupados a la hora de acercarse al MTD *-II-*.

Ahora bien, una vez afianzada la relación de pertenencia de estos jóvenes al colectivo -recordemos aquí que al momento del relevamiento de campo los entrevistados hacía como mínimo un año que componían la base del movimiento y todos ellos habían realizado por igual periodo distintos quehaceres en aéreas productivas y/o comunitarias- el vínculo jóvenes-colectivo también se retroalimentaba en función de los roles que ocupaban en la incipiente organización. Claro que la adaptación a las pautas de las actividades colectivas se asociaba a la construcción de una forma de participación-acción que revestía características particulares moldeada en función de los intercambios con el micro-contexto y sus propias historias. Pese a las divergencias, para el conjunto, la participación en las distintas instancias suponía una fuente de insumo en la construcción de identificaciones individuales y colectivas. Lo cual se reflejaba básicamente en las transformaciones aludidas respecto a sus propias opiniones en relación a la lucha y el conflicto social. De este modo sosteníamos que el movimiento lograba constituirse como un espacio canal de pertenencia en el cual era posible generar un sentido de acción política e indudablemente, los cortes de ruta cobraban notoriedad.

Este último aspecto confluía con otro factor característico, pues tanto entre el grupo de

entrevistados como en las trayectorias relatadas sobre sus padres y/o vínculos familiares más próximos, no se constataban experiencias previas de militancia política o social, ya sea en partidos políticos como en agrupaciones sindicales u otros ámbitos o estructuras formales/informales de filiación grupal. No obstante, algunos de los jóvenes recordaban con escasa precisión acontecimientos relativamente recientes dados en la zona, como la toma de predios, la conformación de una cooperativa barrial sobre la gestión de terrenos municipales para la construcción de viviendas, etc. Además, todos ellos reconocían críticamente la vigente y tradicional presencia de dispositivos como sedes de partidos políticos asentados en los barrios, encargados de la gestión y distribución de programas y políticas sociales en sus distintos niveles nacionales, provinciales, municipales.

En referencia a lo anterior, la serie de cuestionamientos que remitían al ejercicio político y más ampliamente a la política, se nutrían de aquellas prácticas recurrentes y dominantes en el escenario barrial. En este sentido, la existencia de “redes clientelares” hondamente entrelazadas con la historia de la zona, trazaba diferencias entre una actitud orientada en función de su intervención en la lucha social versus una forma pasiva de adaptación al funcionamiento a ese mecanismo que entendían como un tipo de intercambio partidario. Esto último permanecía estrechamente asociado a la deslegitimación tanto del Estado como del sistema político partidario y la “clase política” en su conjunto, inmersa en el entramado de corrupción y abuso del poder que acababa representando el múltiple y difuso oponente a confrontar.

Frente a ese escenario, el discurso de los derechos –derecho al trabajo- se relaciona con la falta de justicia, y la injusticia se perpetuaba en manos de la clase política. Construir una alternativa habilitaba re-significar el papel de la política. En cierto modo, el rechazo en su versión tradicional se reinvertía mediante la intervención horizontal de todos los miembros y el ejercicio asambleario constituía la expresión más acabada de esta fórmula.

Sí las demandas de *trabajo* eran la punta de lanza de la lucha, en las representaciones en torno al mismo se advertía una fragmentación palpable y complejas disociaciones entre la figura de militante - trabajador, tales matices no diluían el notorio hilo conductor que asociaba el trabajo a la dignidad y el empleo al soporte legítimo de los históricos derechos adquiridos por la clase trabajadora. Por su parte, las instancias de participación permitían recodificar su situación como desocupados, en tanto un problema social que rebasaba individualidades. En los contenidos que guiaban la reconstrucción de su papel social en tanto trabajadores/desocupados se traslucía por un lado la evocación de su frustración como trabajadores, por otro su reinención inacabada como sujetos - productores- autónomos y la participación y el trabajo no siempre marchaban por caminos conexos sino como ámbitos, en rigor, diferenciados.

Es decir que retomando la reseña, por un lado la propuesta de socialización grupal devenía en la instalación de prácticas de carácter colectivo que resultaban innovadoras en tanto reconocían escasos o nulos antecedentes sobre vinculaciones de este tipo. Por otro lado, las pautas primarias que orientaban explícitamente la participación socio-política en el micro-contexto agregaban una cuota cautivante a la adscripción, ya que la intervención directa no mediatizada por estructuras burocráticas, el modo descentralizado y horizontal de las intervenciones habilitaba una movilidad fluida, el *joven movimiento y los jóvenes en movimiento* se integraban complementándose en la dinámica inaugurada. Y, las características respecto al modo de intervención otorgaban un carácter valuado en forma positiva por todo este grupo.

Como corolario subrayaba entonces que estos jóvenes de sectores pobres urbanos que establecían vínculos frágiles con el mercado de trabajo, padeciendo los efectos de un proceso de segregación residencial y de baja calidad de los servicios percibidos, menguaron este progresivo

aislamiento social a través de la adscripción en la organización de trabajadores desocupados. Mientras que este colectivo constituía un ámbito en el que era posible generar un sentido compartido de problemáticas comunes, estrechar vínculos con la comunidad territorial y afianzar posiciones e identificaciones, además de mediatizar la obtención de subsidios sociales.

Finalmente, sosteníamos que la participación de estos chicos y chicas en las manifestaciones de conflicto social, así como la construcción de un camino alternativo al hegemónico, ensanchaban el espacio de lo posible y promovían un código diferente al imperante. Y paralelamente, los modos de prácticas socio-políticas que habilitaban las distintas instancia de intervención en el micro-contexto de esta organización de trabajadores desocupados eran tanto convocantes como permeable a la adscripción y actuación juvenil.

Conclusiones

El sentido último de este breve artículo es una propuesta de apertura más que de cierre no sólo de una etapa sino también de una serie de temáticas en intersección, planteadas desde el campo de la sociología que nos estimulan a reflexionar sobre la producción de conocimientos, los vacíos teóricos y discusiones sobre la situación y posición de los jóvenes y al mismo tiempo pensar en futuros de igualdad que superen la férrea, extendida y naturalizada estigmatización jóvenes-violencia.

Por un lado, entendemos que hay una serie de nudos teóricos en torno a las expresiones de participación juvenil que más allá del carácter y la diversidad que éstas presenten, aún quedan pendientes como la visibilización de sus acciones colectivas, el camino de articulaciones potenciales entre las mismas, la criminalización de la protesta que apunta hacia los jóvenes, los interrogantes en las relaciones intra e intergeneracionales, etc., todos ellos resultan dimensiones a profundizar analíticamente que poco han sido abordadas. Por otro lado, en relación a la reseña de la investigación elaborada cabe indicar que la forma peculiar de adscripción juvenil a una organización de trabajadores desocupados logró visibilización en Argentina desde la década de los noventa. Las organizaciones y movimientos populares sellaron a fuego la zaga de conflicto mediante las manifestaciones de protesta social, aunque escasamente fueron retomadas las prácticas sociales promovidas y generadas al interior de los espacios colectivos.

La legitimación que acompañó las primeras etapas de la lucha se fueron desvaneciendo conforme avanzaba el conflicto y trastocó luego en una desestimación que de diversos modos cercó la expansión de las acciones de las organizaciones. Y, mediáticamente, los “piqueteros” encapuchados tendieron a asociarse a los jóvenes “violentos” de sectores populares obturando profundizar otros debates.

A partir de los hallazgos y a modo exploratorio, fue posible establecer que la participación de estos jóvenes urbanos de sectores populares actuando en el contexto socio-político del colectivo, lejos de acotarse a su presencia en los “piquetes”, involucraba una serie de prácticas económicas, políticas, sociales. El semblante de la propuesta con modos anti jerárquicos en la organización, espacios asamblearios de participación, promoción del trabajo territorial, inscripción flexible en los grupos de comunitarios/productivos y una dinámica poco rígida de tiempos y maneras de involucramiento, eran valuados positivamente por los entrevistados. Estas cualidades referidas otorgaban relevancia a sus acciones y, en paralelo, el énfasis referido a la participación horizontal y descentralización en la toma de decisiones aparecían como dos ejes positivos del “innovador” espacio barrial.

Asimismo, al interior de la estructura de esta organización de trabajadores desocupados se generaban tensiones reflejadas en la cotidianeidad que se indicaban como aspectos significativos entre los miembros jóvenes entrevistados. Entre ellos, a pesar de compartir discursos sobre las bondades del propósito colectivo, hallamos gradientes notorias en las trayectorias desplegadas una vez sumados a la propuesta, que se reflejaban en la intensidad de involucramiento en las actividades tanto productivas como organizativas. Y uno de los obstáculos señalados para un mayor acercamiento se establecía en el hecho de poder articular tiempos de la vida familiar-social y tiempos para el colectivo.

En términos de participación juvenil, entendemos que los aspectos hallados orientan la tarea de ampliar nuestro horizonte reflexivo sobre las prácticas políticas de los jóvenes más allá de las relacionadas con la representatividad en los canales de organización institucional de la política bajo el registro convencional – partidario / sindical / religioso, etc. Las diferentes formas de participación y adscripción juvenil, ya sea en ámbitos políticos más flexible o más jerárquicos, conviven y forman parte de nuestra realidad, aún cuando las miradas puestas en ello operen produciendo una visibilidad ampliada en algunos casos o reduciéndolos y estigmatizándolos en otros. Es hora de abogar por el reconocimiento de todas estas expresiones de participación juvenil que encuentran un continente amplio de cuestiones a explorar teórica y empíricamente.

Notas

-1- Sucintamente, la investigación adoptó una estrategia metodológica cualitativa, incluyó una muestra de jóvenes (18-30 años) participantes de los espacios productivo/comunitarios del movimiento que para el 2003 contaban con al menos 1 año de inclusión al mismo, se aplicaron las técnicas de observación y entrevistas semi-estructuradas recurrentes a 12 participantes, el trabajo dio origen al Informe final: “Representaciones y participación juvenil: el caso de los jóvenes del Movimientos de Trabajadores Desocupados de Lanús”, Buenos Aires, Argentina. 2003; en el marco del proyecto concursado en: “Movimientos sociales y nuevos conflictos en América Latina y el Caribe. Programa Regional de Becas CLACSO, 2002”.

-2- La dinámica de los intercambios generados cobra particularidades bien precisas en cada etapa. A grandes rasgos se implementaron una diversidad de planes y programas sociales de distinto estilo y alcance como el Plan Trabajar renovado en una II y III, en el 2002 el Programa de Jefes de Hogar, o Derecho Familiar de Inclusión Social: Plan Jefes y Jefas Desocupados (PJyJHD) de gran extensión y cobertura. A pesar de las notorias diferencias entre las políticas implementadas una de las instancias más controvertidas en ellos han sido las contraprestaciones, que si bien estaban formalmente estipuladas para que los beneficiarios perdían peso no había “formas productivas estables para absorber a esta fuerza de trabajo desocupada, además no implica una relación de trabajo formal ya que no garantiza cobertura previsional o sanitaria.” Pautassi, L. Rossi, J. y Campos L. citadas en: Página 12, Suplemento Cash, 30 de Noviembre 2003. Entre la extensa bibliografía sobre el Plan Jefas y Jefas destacamos Pautassi, L.: 2003.

-3- En este marco tendrán lugar dos implementaciones centrales el Plan “Manos a la Obra”, y luego el Programa Ingreso Social con Trabajo, “Argentina Trabaja” que reformula la noción de “empleo” entendiéndolo como vértice central de inclusión social y a las “cooperativas” como la modalidad explícita de organización local en promoción. Ello vuelve a instalar en el centro de la escena, a grupos que sostuvieron como bandera de lucha propuestas autogestivas.

-4- Esta agrupación se reconoce como continuadora de la Juventud Peronista (JP), que en la década del '70 fue una de las organizaciones del peronismo revolucionario; que hoy, junto a la

Confederación General del Trabajo (CGT) y las estructuras tradicionales del Partido Justicialista, devino en uno de los sectores que disputan espacios de poder dentro del gobierno actual. Algunos líderes de la agrupación son Andrés Larroque, Juan Cabandié, Mariano Recalde.

-5- También durante agosto del 2010, recién iniciado el segundo semestre de ese año presenciamos una protesta de estudiantes secundarios porteños. Entonces un total de 28 escuelas secundarias -incluyendo tradicionales secundarios públicas de prestigio - fueron tomadas por los propios estudiantes. El acontecimiento alcanzó popularidad nacional tras su aparición en los medios masivos de comunicación, la lucha instaló discusiones generando oleadas de acuerdo y desacuerdo en los distintos actores gubernamentales y la opinión pública. Las consignas, expresadas por los estudiantes giraban en torno a una serie de ítems que incluían mejoras edilicias, viandas, becas, y un boleto estudiantil de 0,5 centavos. Los efectos de la movida pusieron en jaque la imagen de la gobernación de la Ciudad -Partido PRO Progresista-.

-6- El término Generación X se usa normalmente para referirse a las personas nacidas tras la generación posterior a la Segunda Guerra Mundial (correspondiente a los años 1943 y 1964). Se incluye en esta categoría a las personas nacidas entre los años 1965 y 1976.

-7- Véase entre otros: Offe, C. 1992.

-8- El partido de Lanús forma parte del Primer Cordón Industrial, anillo que limita con la Ciudad Autónoma de Buenos Aires; fue centro de destino de las olas de migrantes europeos llegados al país a fines del siglo XIX y comienzo del XX; experimentado un temprano y dinámico desarrollo industrial. Fue cuna del primer saladero del país y es hoy una zona altamente urbanizada cuenta con uno de los índices de densidad poblacional más altos del Gran Buenos Aires presentando una marcada heterogeneidad en su estructura social, con extensas clases medias y sectores obreros. A su vez es, como tantas otras zonas del Conurbano Bonaerense una localidad profundamente afectada por un largo proceso de des-industrialización, lo que se conjuga con el avance de una palpable fragmentación social; la relación de creciente pobreza y distribución de espacio urbano dan cuenta de un proceso de segregación territorial mediante el cual distintas zonas debilitan sus contactos con el resto de los espacios urbanos y esta restricción opera no solo anclando a los sujetos al lugar de hábitat, sino también estableciendo nuevas fronteras poco franqueables, el establecimiento de diferencia y condiciones sustantivas que afectan aspectos biográficos individuales y sociales.

-9- Históricamente las intervenciones estatales pasan por las estructuras de gestión del Municipio los programas sociales eran administrados por las Unidades Básicas. De manera que al interior de esta zona, la instalación del Movimiento originó confrontaciones intensas. Como sugieren otras investigaciones la emergencia de organizaciones de desocupados no supone el final de la red clientelar del peronismo en el territorio del Conurbano Bonaerense, sino el quiebre de su monopolio y el aumento de la competencia entre redes asistenciales alternativas. (Delamata, G.: 2004).

-10- Cabe apuntar aquí que en los primeros meses del 2003 este MTD de Lanús contaba con 300 familias, recibía una cantidad similar de subsidios de distinto tipo: provinciales, nacionales y municipales, y cuotas de mercadería para los comedores y copas de leche. Luego, a inicios del 2005 la cantidad de familias ascendía a 432. De modo que, aún tomando en cuenta que el 2005 constituye un periodo de “mejor bonanza macroeconómica”, se observaba un crecimiento de la cantidad de integrantes. (Otero, 2006).

-11- En este sentido el desplazamiento del ethos del consumo al ethos del trabajo, que nuclea las visiones en torno a jóvenes-trabajo estaban presentes en estas situaciones específicas, pero además estos confluían con el ethos de la militancia. En análisis previos argumentábamos sobre la

circulación de un discurso que apelaba a la reivindicación histórica de lucha y conquista de los derechos del trabajador bajo la permanencia del pleno empleo y la centralidad de la relación asalariada como vértice de la relación individuo-sociedad, y profundizábamos en el seguimiento de las trayectorias laborales del mismo grupo de jóvenes considerando las variaciones antes, durante y después de su vinculación al movimiento, en diferentes períodos y coyunturas (Otero, 2010).

Bibliografía

DELAMATA, GABRIELA (2004): Los barrios desbordados. Las organizaciones de desocupados del Gran Buenos Aires. Buenos Aires, Eudeba.

OFFE, CLAUS (1992): Partidos políticos y nuevos movimientos sociales. Buenos Aires, Ediciones fundación sistema. ISBN 9788486497200

OTERO, ANALIA (2003): “Representaciones y participación juvenil: el caso de los jóvenes del Movimiento de Trabajadores Desocupados de Lanús. Informe final del concurso: Movimientos sociales y nuevos conflictos en América Latina y el Caribe. Programa Regional de Becas CLACSO. Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/becas/2002/mov/otero.pdf>

OTERO, ANALIA (2006): “Representaciones sociales sobre el trabajo: un estudio de caso con jóvenes del Conurbano Bonaerense participantes del Movimiento de Trabajadores Desocupados de Lanús”. Tesis de Maestría Maestría en Diseño y Gestión de Políticas y Programas Sociales Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales. Disponible en: <http://www.flacsoandes.org/dspace/bitstream/10469/1034/1/Tesis%20Analia%20Otero.pdf>

OTERO, ANALIA (2010): “Jóvenes trabajadores, jóvenes luchadores. Reflexiones sobre experiencias contemporáneas”, en *Nómadas*, Número 32, Abril 2010. pp.163/178.

PÉREZ, GERMÁN J. y NATALUCCI, ANA (2010): “La Matriz movimientista de acción colectiva en Argentina: la experiencia del espacio militante Kirchnerista”. *América Latina Hoy* [en línea] 2010, vol. 54 [citado 2012-06-08]. Disponible en Internet: <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=30813328005>. ISSN 1130-2887.

REGUILLO, ROSSANA (2012): *Culturas Juveniles: Formas políticas del desencanto*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica de Argentina S. A.

SERNA, LESLI (1998): “Globalización y participación juvenil: En búsqueda de elementos para la reflexión”, en *JÓVENES*, México, Vol.1, N°5.

SVAMPA, MARIESTELLA (2009). “Argentina: la reconfiguración del espacio piquetero (2003-2008)”, en HOETMER, Raphael (coordinador) (2009): *Repensar la política desde América Latina. Cultura, Estado y movimientos sociales*, Lima: Programa Democracia y Transformación Global, Fondo Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales • Unidad de Posgrado • UNMSM.

SVAMPA, MARIESTELLA y PEREYRA, SEBASTIÁN (2003): *Entre la ruta y el barrio: la experiencia de las organizaciones piqueteras*. Buenos Aires, Biblos.

ZIBECHI, RAÚL (2003): *Genealogía de la revuelta. Argentina, la sociedad en Movimiento*. Buenos Aires, Letra Libre.

ZIBECHI, RAÚL (2012): *Política y miseria*, Málaga, Baladre-Zambra.